



NORA
ROBERTS

EL
DESPERTAR

EL LEGADO DEL DRAGÓN



Deslumbrante. Poderosa. Mágica.

Nora Roberts regresa con «El legado del dragón», una nueva trilogía llena de misterio, aventuras y amor.

Cuando Breen era pequeña, su padre solía contarle historias de lugares increíbles, pero ahora es una veinteañera endeudada y sin tiempo para cuentos. Sin embargo, su vida da un giro inesperado cuando descubre que es dueña de una fortuna que su madre le ha estado ocultando.

Decidida a encontrarse a sí misma en sus raíces, Breen viaja a Irlanda, la patria de su padre. Pero la Isla Esmeralda tiene reservado para ella un destino más grande de lo que jamás podría haber imaginado... y, en un bosque de Galway, Breen se encuentra con un mundo lleno de magia, una familia que no esperaba y un amor legendario.

*Para Colt, mi niño,
que con su luz llena de alegría
y de amor nuestras vidas.*

PRIMERA PARTE

CAMBIOS

*Una verdad a medias
es siempre la peor de las mentiras.*

ALFRED, LORD TENNYSON

*No supongas que soy lo que
antes fui.*

WILLIAM SHAKESPEARE

PRÓLOGO

Valle de las Hadas

La bruma, con sus relucientes dedos de plata, se alzaba por encima de las pálidas aguas verdes del lago. Al frío del alba, Keegan O'Broin se encontraba junto al lago contemplando el nacimiento del día. Un día que sabía cargado de cambios y elecciones, de esperanza y poder. Aguardaba, cual aliento contenido, a que llegara el momento de cumplir su deber y albergaba la esperanza de regresar a la granja antes del mediodía. Tenía tareas de las que encargarse, además del entrenamiento, por supuesto. Pero en casa. A la señal, se quitó las botas y la túnica. Su hermano, Harken, hizo lo mismo, igual que los demás, casi seiscientos de ellos. Los jóvenes y los no tan jóvenes no solo procedían del valle, sino de todos los rincones de Talamh. Venían del sur, donde los píos rezaban sus plegarias secretas; del norte, donde los más bravos guerreros protegían el Mar de las Tormentas; de la capital, al este; y de allí mismo, en el oeste.

Porque su jefe, su *taoiseach*, había muerto; había dado la vida por salvar el mundo. Y, tal como estaba escrito, tal como se había contado y cantado, un nuevo jefe se alzaría, como aquellas brumas, aquel día, en aquel lugar, de aquel modo.

Tenía tan pocas ganas de ser *taoiseach* como Harken. Harken, un alegre niño de doce años (el más joven de entre los que tenían permiso para participar en el ritual), llevaba la granja en la sangre. Keegan sabía que, para su

hermano pequeño, aquel día, la multitud y el salto al lago no eran más que pura diversión.

Para Keegan, era el día de ser fiel a su promesa a un moribundo, a un hombre que se había portado como un padre cuando el suyo partió con los dioses, a un hombre que había conducido a Talamh a la victoria sobre los que querían esclavizarlos y que había pagado por ello con su vida. No deseaba recoger el bastón de *taoiseach* ni empuñar la espada del líder del *clann*. Sin embargo, había dado su palabra, así que se sumergiría en el agua con todos los demás chicos, chicas, hombres y mujeres.

—¡Vamos, Keegan! —exclamó Harken, sonriente, con su mata de pelo, negra como ala de cuervo, ondeando con la brisa primaveral—. Piensa en lo que nos vamos a divertir. Si encuentro yo la espada, proclamaré una semana de banquetes y bailes.

—Si tú encuentras la espada, ¿quién se encargará de las ovejas y de ordeñar las vacas?

—Si me nombran *taoiseach*, haré todo eso y más. La batalla está luchada y ganada, hermano. Yo también lamento su pérdida. —Y, con su bondad innata, Harken echó un brazo sobre los hombros de Keegan—. Era un héroe y nunca lo olvidaremos. Y hoy, como él quería y como debe hacerse, se alzaré un nuevo líder.

Harken, que tenía unos ojos azules relucientes como el día, recorrió con la mirada la multitud reunida a las orillas del lago.

—Lo honramos a él, a todos los que vinieron antes que él y a todos los que vendrán después. —Le dio un codazo a Keegan—. Deja de hacer puchereros, que seguro que ninguno de los dos salimos del agua con Cosantoir en la mano. Lo más probable es que sea Cara, que en el agua es tan lista como una sirena, o Cullen, que lleva dos semanas practicando cómo contener la respiración bajo el agua.

—No me extraña —masculló Keegan.

Cullen, buen soldado donde los hubiera, no sería el jefe más apropiado. Prefería luchar a pensar. Keegan, también soldado a sus catorce años, uno que había visto sangre y la había derramado, que conocía el poder y lo había sentido, comprendía que el cerebro era tan importante como la espada, la lanza y los poderes. Más, si cabe. ¿No era eso lo que le habían enseñado tanto su padre como el que lo había tratado como a un hijo?

Mientras esperaba al lado de Harken, con tantos otros, todos charlando como cotorras, su madre se abrió paso entre la multitud. A Keegan le habría gustado que se zambullera con ellos. No conocía a nadie capaz de solucionar una disputa tan fácilmente y de encargarse de una docena de tareas a la vez. Harken había heredado su bondad; su hermana, Aisling, su belleza; y a él le gustaba pensar que había heredado, como mínimo, parte de su astucia.

Tarryn se detuvo junto a Aisling, que había decidido colocarse junto a sus amigos en vez de al lado de sus hermanos, a los que, como era propio de la edad, trataba con desdén. Keegan vio a su madre levantar la barbilla de Aisling, darle un beso en cada mejilla y decirle algo que la hizo sonreír antes de acercarse a sus hijos.

—Y aquí tengo un ceño fruncido y una sonrisa.

Alborotó el pelo de Harken y le dio un tironcito a la trenza de guerrero que recorría el lado izquierdo de la cabeza de Keegan.

—Recordad la razón de ser de este día que nos une y define quiénes somos y lo que somos. Lo que estáis haciendo hoy también lo hicieron los que os precedieron hasta remontarnos mil años atrás, o incluso más. Y los nombres de los que sacaron la espada del lago estaban escritos incluso antes de que nacieran.

—Si el destino elige al sucesor, ¿por qué no lo vemos? ¿Por qué no lo ves tú, que conoces tanto lo pasado como lo que está por venir? —insistió Keegan.

–Si tú, yo o cualquier otro pudiéramos verlo, desaparecería la posibilidad de elegir.

Como hacen las madres, Tarryn rodeó con un brazo los hombros de Keegan, aunque sus ojos, que eran azules y relucientes como los de Harken, estaban fijos en el lago y atravesaban la niebla.

–Es decisión tuya sumergirte en el agua, ¿no es cierto? Y la persona que encuentre la espada debe decidir si desea o no salir con ella.

–¿Por qué iba a decidir no salir con ella? –preguntó Harken–. ¡Si se convertiría en *taoiseach*!

–Honramos a la persona que nos lidera, pero es ella la que carga con todas las responsabilidades. Así que, al elegir la espada, también se debe elegir eso. Y, ahora, silencio. –Besó a sus dos hijos–. Aquí está Mairghread.

Mairghread O’Ceallaigh, que también había sido *taoiseach* y era la madre del que acababan de enterrar, se había desprendido de su ropa negra de luto. Vestía de blanco, una túnica sencilla sin más adornos que un colgante con una piedra tan roja como su cabello. Tanto la piedra como el pelo parecían consumir la niebla como el fuego a su paso. Llevaba el pelo tan corto como las hadas que la seguían. La multitud se dividió para abrirle camino; la cháchara cesó y tornó en un silencio que evidenciaba respeto y fascinación.

Keegan la conocía como Marg, la mujer que vivía en la casita del bosque, no muy lejos de la granja. La mujer que solía regalar un pastelito de miel y una historia a los niños hambrientos. Una mujer poseedora de gran poder y valor, que había luchado por Talamh y había pagado un alto precio por conseguir la paz.

Él la había abrazado mientras lloraba por su hijo, puesto que en esa ocasión también había cumplido con su palabra y le había dado la noticia en persona. Aunque ella ya lo sabía. La había abrazado hasta que las mujeres acudieron a consolarla. Y entonces, a pesar de ser un soldado, a

pesar de ser un hombre, se había internado en lo más profundo del bosque para derramar en privado sus lágrimas.

En aquellos instantes, ante el lago, Mairghread tenía un aspecto grandioso, y el joven se estremeció, tan fascinado como los demás. En la mano llevaba el bastón, el antiguo símbolo de liderazgo; la madera, oscura como la brea, brillaba con el sol que atravesaba los claros de la bruma, ya fragmentada. Las figuras talladas parecían palpitar. El poder se arremolinaba en la punta, dentro de la piedra de corazón de dragón. Cuando habló, incluso el viento guardó silencio.

—De nuevo nos hemos sacrificado y hemos derramado nuestra sangre por traer la paz a este mundo. Desde el principio de los tiempos hemos protegido nuestro mundo y, a través de él, todos los demás. Decidimos vivir como vivimos, de la tierra, del mar, de las hadas, y honrarlos a todos.

»De nuevo hemos logrado la paz, de nuevo prosperaremos hasta que llegue el momento de volver a sacrificarnos y derramar nuestra sangre. Hoy, como estaba escrito, como se había contado y cantado, surgirá un nuevo líder, y todos los presentes juraremos nuestra lealtad a Talamh, al *taoiseach* que saque la espada del Lago de la Verdad y acepte el Bastón de la Justicia. —Alzó el rostro al cielo y Keegan pensó que su voz, tan clara, tan fuerte, debía de llegar hasta el Mar de las Tormentas y más allá—. En este lugar, en este momento, invocamos a la fuente de nuestro poder. Que la persona que ha sido elegida y que, a su vez, elige honre, respete y proteja a todos los seres feéricos. Que la mano que empuñe la espada sea fuerte, sabia y certera. Eso es lo único que te pide tu pueblo.

El agua, pálida y verde, imbuida de poder, empezó a arremolinarse. La bruma que la cubría se balanceaba.

—Y así comienza —anunció Mairghread y alzó el bastón.

Todos corrieron al agua. Algunos de los más jóvenes reían o chillaban al zambullirse, al saltar al agua. Los de la

orilla los animaban. Keegan, vacilante, era testigo del bullicio; vio que su hermano entraba en el agua y chapoteaba con alegría. Pensó en su promesa, pensó en la mano que se había aferrado a la suya en sus últimos momentos de vida en este plano. Así que se zambulló.

Habría soltado una palabrota al notar la fría bofetada del agua, pero no le encontró sentido. Ya oía a otros hacerlo, o reírse, e incluso volver a salir a la superficie. Bloqueó su capacidad para oír los pensamientos de los demás, ya que eran demasiados. Había prometido que aquel día entraría en el agua y se sumergiría en las profundidades; que sacaría la espada si llegaba a tenerla en la mano. Por tanto, buceó hasta el fondo mientras recordaba las veces que, de niño, había hecho lo mismo con su hermano y su hermana. Críos en un día de verano, pescando las piedras lisas del blando lecho del lago.

Veía a otros a través del agua, algunos bajando, otros subiendo. El lago los empujaría a la superficie si se les agotaba el aire de los pulmones, ya que se les había prometido que, aquel día, nadie que entrara en el lago podría sufrir daño alguno. Aun así, las aguas se movían a su alrededor, giraban, a veces veloces como peonzas. Ya veía el fondo y las piedras lisas que recogía de niño.

Entonces vio a la mujer. Se limitaba a flotar, así que, en un primer momento, la confundió con una sirena. Lo tradicional era que las sirenas se abstuvieran de acudir al ritual. Ya gobernaban los mares y se contentaban con ello. De repente, se dio cuenta de que solo le veía la cara y el pelo, que era rojo como el de Marg, aunque más largo, y ondeaba en el agua. Sus ojos, grises como sombras en el humo, le recordaron a algo conocido. Pero no la conocía. Tenía más que vistos todos los rostros del valle y el suyo no era uno de ellos. Y, a la vez, lo era.

Entonces, a pesar de haber bloqueado los pensamientos ajenos, la oyó con la misma claridad con la que había oído a Marg en la orilla.

Él también era mío. Pero esto es tuyo. Él lo sabía y tú también lo sabes.

La espada prácticamente le saltó a la mano. Sintió su peso, su poder, su brillo. Podía soltarla, seguir nadando y alejarse. La decisión era suya, según decían los dioses, según contaban las historias. Empezó a abrir los dedos para dejar escapar ese peso, ese poder, ese brillo. No sabía liderar. Sabía luchar, entrenar, cabalgar, volar; no tenía ni idea de cómo guiar a los demás, ni en la guerra ni en la paz. La espada resplandecía en su mano, un brillo de plata acompañado por el latido de la madera y el fuego de su única piedra roja. Al soltarla un poco, perdió brillo y la llama empezó a apagarse.

Y ella lo observaba.

Él creía en ti.

«¿Decisión mía? –pensó—. Y una mierda». El honor no dejaba elección.

Así que apuntó con la espada a la superficie, donde el sol bailaba formando diamantes. La visión, porque no era más que eso, sonrió.

«¿Quién eres?», le preguntó él.

«Eso es algo que vamos a tener que averiguar ambos».

La espada lo llevó hasta arriba como una flecha salida de un arco. Atravesó el agua y después el aire. El clamor estalló cuando el sol golpeó la hoja, que disparó su luz y su poder a través del agua. Él la siguió hasta la hierba, tupida y mojada, y después hizo lo que sabía que debía hacer: se arrodilló a los pies de Mairghread.

–Te entregaría a ti esto y todo lo que significa, puesto que no hay nadie que lo merezca más –le dijo, como había hecho su hijo.

–Mi tiempo ha pasado –respondió ella mientras le colocaba una mano en la cabeza—. Y el tuyo comienza.

Le dio la mano a Keegan y lo puso en pie. Él solo tenía oídos y ojos para ella.

–Este era mi deseo –le murmuró Mairghread sin que nadie más lo oyera.

–¿Por qué? No sé cómo...

Ella lo interrumpió y le dio un beso en la mejilla.

–Sabes más de lo que crees. –Le ofreció el bastón–. Toma lo que es tuyo, Keegan O’Broin. –Cuando Keegan aceptó el bastón, la mujer dio un paso atrás–. Y haz lo que debe hacerse a continuación.

El joven dio media vuelta. Lo estaban observando; todos aquellos rostros, todos aquellos ojos. Se dio cuenta de que lo que le cosquilleaba dentro era miedo y se sintió avergonzado. Pero la espada lo había elegido, pensó, y él había elegido alzarse con ella. No habría más miedo. Levantó el bastón para que su corazón de dragón latiera de vida.

–Con esto habrá justicia en Talamh para todos. –Ahora, la espada–. Con esto, todos estarán protegidos. Soy Keegan O’Broin. Todo lo que soy y seré jura lealtad con ellos a los valles, a las colinas, a los bosques y las aldeas, a los confines y a todos los seres feéricos. Defenderé la luz. Viviré para Talamh y, si los dioses así lo desean, moriré por Talamh.

Todos lo vitorearon y, a través del estruendo, oyó decir a Marg:

–Bien hecho, muchacho. Bien hecho, sin duda.

Alzaron en hombros al joven *taoiseach*. Y así dio comienzo una nueva historia.

1

Filadelfia

Sentada en un autobús que parecía tener un ataque de hipo, Breen Kelly se restregó el dolor palpitante de la sien. Había tenido un mal día que había puesto fin (¡gracias a Dios!) a una mala semana que le daba la puntilla a un mal mes. O dos. Se intentó animar. Era viernes, lo que significaba que contaba con dos días enteros antes de regresar al aula en la que se esforzaba por enseñar Lengua y Literatura a un puñado de escolares. Evidentemente, se pasaría buena parte de esos dos días corrigiendo trabajos y preparando lecciones, pero, al menos, no tendría que estar en clase con todos aquellos rostros concentrados en ella. Algunos aburridos, otros frenéticos y unos cuantos esperanzados.

No, no tendría que estar allí, sintiéndose tan incompetente y fuera de lugar como cualquier alumna adolescente que preferiría estar en cualquier otra parte del universo antes que en aquella habitación. Se recordó que enseñar era la más noble de las profesiones. Gratificante, valiosa, necesaria. Era una lástima que se le diera fatal.

El autobús llegó entre hipidos a la siguiente parada. Unas cuantas personas salieron; otras tantas entraron. Ella observaba. Le gustaba observar porque era mucho más sencillo que participar. La mujer del traje de pantalón gris, con el móvil en la mano y cara de cansancio, probablemente sería una madre soltera que regresaba a casa des-

pués del trabajo, supuso Breen. Seguramente nunca se imaginó que su vida sería tan difícil.

A continuación, un par de chicos adolescentes con zapatillas de caña alta, bermudas Adidas y auriculares de botón. Se iban a reunir con algunos colegas para echar unas canastas, comer pizza y ver una peli. «Una edad envidiable –pensó Breen– en la que un fin de semana consistía solamente en divertirse».

El hombre de negro... la estaba mirando; la miraba fijamente, así que ella apartó la vista de inmediato. Le resultaba familiar. ¿Por qué le resultaba familiar? El pelo canoso, plateado y largo le hacía pensar en un profesor universitario. Pero no, no era eso. Un profesor universitario que se subía al autobús no le dejaría la boca seca ni le aceleraría el corazón de ese modo. De repente, le aterraba que se fuera hacia el fondo del autobús y se sentara a su lado. Si lo hacía, Breen no podría salir. Seguiría allí dentro con rumbo a ninguna parte sin llegar a ninguna parte, en un bucle continuo de nada absoluta.

Sabía que era una locura; no le importaba. Se levantó de golpe y corrió a la parte de delante con el maletín rebotándole en la cadera. No lo miró, no se atrevía, pero tuvo que pasar junto a él para llegar a las puertas. Aunque el hombre se hizo a un lado, notó que sus brazos se rozaban. Se le cerraron los pulmones, se le doblaron las rodillas. Alguien le preguntó si se encontraba bien cuando la vio avanzar dando tumbos hacia la salida.

Sin embargo, había oído al hombre dentro de su cabeza: «Ven a casa, Breen Siobhan. Ha llegado el momento de volver a casa».

Se aferró a la barra para no perder el equilibrio y estuvo a punto de tropezar con los escalones. Y corrió.

Notaba que la gente la miraba, que volvía la cabeza para observarla con curiosidad, lo que solo sirvió para empeorarlo todo. Odiaba llamar la atención; intentaba con

todas sus fuerzas pasar desapercibida, fundirse con el paisaje.

El autobús siguió su traqueteante camino.

Aunque resollaba, la presión en el pecho disminuyó un poco. Se ordenó frenar, frenar de una vez y caminar como una persona normal. Tardó un minuto en conseguirlo y otro en orientarse.

No había sufrido ningún ataque de ansiedad tan grave desde la noche anterior a su primer día como profesora en el aula del Instituto Grady. Marco, su mejor amigo desde infantil, la había ayudado a superarlo, y también lo hizo con el que sufrió antes de su primera tutoría con los padres, aunque ese no fue tan malo.

Se dijo que no había sido más que un hombre subiendo al autobús. No era una amenaza, por el amor de Dios. Y no lo había oído dentro de su cabeza. Creer que podía escuchar los pensamientos de los demás era lo mismo que estar loca. ¿No se lo había repetido su madre hasta la saciedad desde... siempre? Y ahora, por aquel momento de locura, tenía ante sí un kilómetro de paseo. En fin, no pasaba nada, no tenía importancia. Hacía una bonita tarde de primavera y Breen, como era habitual en ella, iba vestida de la forma más apropiada: un impermeable ligero (habían dado una probabilidad de lluvia del treinta por ciento), un jersey fino y unos zapatos cómodos.

Le gustaba caminar. Y, bueno, más pasos extra para su Fitbit. ¿Qué más daba que le trastocase un poco la agenda? Era una joven soltera de veintiséis años y no tenía planes para un viernes de mayo por la noche. Y, por si eso no fuera lo bastante deprimente, el ataque de ansiedad le había empeorado el dolor de cabeza. Abrió una de las cremalleras de su maletín, pescó una bolsita y sacó de ella dos pastillas de paracetamol. Se las tragó con la ayuda del agua del botellín que también llevaba consigo.

Darí a un paseo hasta la casa de su madre, recogería y clasificaría el correo (puesto que su madre se negaba a